

XVIII. VISITA A INGLATERRA.

EN 1927 una joven señora de Zurich visitó el sanatorio. Llegó como paciente, pero se quedó como amiga y ayudante y pronto empezó a actuar como secretaria de Groddeck. Margarete Honegger llegó a ser la heredera de su patrimonio literario y, durante casi cuarenta años, ha cuidado sus libros, sus trabajos y su correspondencia.

A su regreso a Europa procedente de los Estados Unidos, Ferenczi fue directamente de Londres a Baden-Baden para ver a Groddeck, y después a Berlín para ver a Eitington; luego volvió a Baden-Baden, antes de regresar a Viena. Aparentemente la demora en visitar a Freud -tres meses- hizo sentir a Freud que Ferenczi se estaba alejando. Jones era de esta opinión, aunque Ferenczi escribió en esa época a Freud que nada cambiaría nunca entre ellos, y Freud estuvo de acuerdo en que ya a esas alturas no habían de separarse.

Ferenczi confió a Groddeck sus problemas con Freud. En la biografía de Freud, Jones da su versión del desacuerdo. Algunos de los discípulos de Ferenczi opinaban que su corazón estaba desgarrado por la crueldad de Freud para con él. La discusión todavía continúa. Aunque Groddeck era un fiel amigo de Ferenczi, también adoraba a Freud, y no daba consejos. Escuchó a Ferenczi, oyó y simpatizó. Él mismo tenía problemas con Freud, que no le confiaba a nadie. No podía renunciar a su fantasía de ser como un hijo para Freud, un favorito, y nada menos que eso podía satisfacerlo.

Diane Herz, que visitó a Groddeck por esa época, lo describió como sigue:

En 1927 yo había leído su libro *Das Buch vom Es* que me produjo una honda impresión, y como estaba en ese momento en Alemania decidí ir a Baden-Baden y allí lo ví dos veces. Recuerdo que era muy alto, quizás medía un metro noventa^{1*} y parecía tan fuerte como un roble. Su pelo era entonces gris, sus ojos penetrantes pero amables, con una expresión maliciosa. Me habían dicho que era muy rudo e inaccesible pero, al contrario, fue muy amable y me hizo sentir en confianza tan pronto como empezamos a hablar. Nuestra discusión de algunos de mis problemas personales fue muy ilustrativa. Cuando ya me iba, me dijo: “No cometa el error de tomar el psicoanálisis muy literalmente ni demasiado en serio; no se olvide de que esto no es todavía una ciencia, sino, si acaso está en estado embrionario.”

En septiembre le escribió Freud a Groddeck para referirse a la idea de ilustrar una nueva edición de *El libro del Ello*. Le parecía que no debían utilizarse ilustraciones. Groddeck replicó:

Una carta de usted siempre me pone de buen humor y lo aprovecharé para responderle enseguida, pero no debe usted considerar esto como un ruego de que vuelva a escribirme, aunque no quiero negar que me daría un gran placer.

Estoy de acuerdo con su opinión de que esos libros no deben ir ilustrados, pero el público tiene a veces extraños deseos. Podría ser que una edición ilustrada gustara. El propio editor sabrá mejor si el intento vale la pena.

^{1*} Cálculo exagerado, como el de muchos otros que se equivocaban en cuanto a su estatura. Frieda Fromm-Reichmann lo expresó probablemente mejor que nadie: “Tenía tal presencia que parecía llenar cualquier habitación donde entrara.” Recorrió con la mirada la habitación donde nos encontrábamos, una sala normal, de unos cinco metros de largo. “En esta habitación usted diría que era un gigante.”

Comprendo que a usted no le complazca *El libro del Ello*... La expresión “La mitología del *Ello* no me lleva más allá”, puedo considerarla un elogio lo mismo que una reprimenda.

Es el lector el que decide acerca del valor de un libro y resulta absolutamente absurdo que el autor defienda su propio libro; es sabido que él lo considera bueno, pues de otra manera no lo habría publicado. Pero usted no es realmente un maestro, para hacerle responsable de las realizaciones de sus discípulos, y tampoco es un lector en el sentido acostumbrado de la palabra; usted es Freud y, como tal, quizás haría mejor en considerar la tontería de sus admiradores con indulgencia. Así como sus elogios vigorizan, sus reprimendas matan.

Cuando considero los logros de la literatura psicoanalítica en los últimos años descubro en ella la misma monotonía que usted parece encontrar en la mitología del *Es*, sólo que en un registro diferente. ¿Por qué no me presta a mí los mismos factores mitigantes que les ofrece a otros? A pesar de su rechazo tengo fe,^{2*} creo que el libro tiene varias ventajas que no deben ser subestimadas. Primero, los datos ofrecidos allí eran verdaderos y no sólo lo son para mi propia credulidad, porque sostengo como verdad real e ideal las comunicaciones de nuevas confirmaciones tanto de médicos con licencia como sin ella. En tercer lugar, menciona varias cosas por su nombre, lo cual era urgentemente necesario y, en cuarto lugar, cubre un terreno sobre el cual estoy más informado que otros.

El hecho de que ni uno solo de los miembros de la Asociación se haya atrevido a seguir mi sugestión -Deutsch y el norteamericano cuyo nombre he olvidado no cuentan en realidad- no se debe al hecho de que mi método sea erróneo. Hay mucha gente fuera de la Asociación que trata con mucho esfuerzo de encontrar en el *corpus vile* del paciente la aclaración de lo que Freud ha querido decir y que ya no se deja atar por el círculo interno de la neurosis. Yo no puedo liberarme de la idea de que esta notable idea de la Asociación se debe al temor a su desaprobación. Es sabido lo que usted piensa de *El libro del Ello*, pero no se sabe, o al menos se hace como si no se supiera, lo que usted piensa del uso del psicoanálisis en lo orgánico. Soy lo suficientemente vanidoso para sacar una conclusión de sus años y años de silencio acerca de mi actividad, que puede expresarse de esta manera: Puede ser que este Groddeck tenga una idea útil, pero la manera en que la introduce no puedo aprobarla yo, Freud. Tiene que ayudarse solo y, por tanto, lo hará. Esto es muy honroso para mí, pero hiere larga y profundamente.

Por favor, reciba nuestros recuerdos y hágalos extensivos a los suyos y para usted, además, los mas reverentes saludos míos y de mi esposa.

Su discípulo devoto

Todo se revela abiertamente en esta carta. Si Freud la contestó, no existe ninguna copia de su respuesta. Groddeck se mostró amargado acerca de la expresión “La mitología del *Ello*”. Quizás lo había oído decir a Ferenczi, en un momento de indiscreción. Aunque no era un chismoso, es concebible que Ferenczi dijera algo para probar que Freud trataba mal a sus seguidores. Para Groddeck, la idea era dolorosa y reaccionó ante ella. Aunque no modificó su consideración por Freud, interrumpió su correspondencia. No escribió nuevamente a Freud hasta 1930.

Groddeck tenía muchos pacientes ingleses en el sanatorio; siempre eran turistas que habían oído hablar de él y querían verlo y hablarle. La publicación inglesa de *El libro del Ello*, que ya estaba en una segunda edición, había hecho su reputación allí. Lo habían invitado a hablar ante la Sociedad Psicológica Británica y aceptó, quedando en dar una conferencia el 28 de noviembre. Pensaba hablar del caso de Frau A., la anciana con cólico renal, que lo había consultado por primera vez en 1901 cuando lo trató con un masaje violento, y que vivió lo suficiente para aprovechar el “tratamiento psíquico”.

La visita a Inglaterra fue memorable. Los Groddeck fueron huéspedes en Meads, la casa de campo de los

^{2*} No había, por supuesto, ningún rechazo. Freud simplemente no había elogiado el libro lo suficiente para él.

Culpins. Mollie Collins, la traductora, y May Smith, la psicóloga, fueron a pasar un fin de semana durante la visita. Una noche, según los recuerdos de la señora Culpin, “Frau Groddeck fue al cuarto de Mollie y le regaló un magnífico pendiente que Groddie le había regalado a Frau Groddeck.^{3*} Sé que apreciaba todas las traducciones de Mollie y Frau Groddeck apreciaba su iniciativa de introducir el libro de su esposo en Inglaterra. ¡Él era un encanto! A mi me gustaba mucho; era tan sencillo como un niño grande, algunas veces. No podía soportar a los tontos, como descubrí cuando lo senté una noche al lado de....., pensando que, siendo ella alemana así se sentiría más ‘en su casa’. ¡Pobre mujer...! La avergonzó.”

El Dr. Flugel pidió al Dr. Culpin que llevara a Groddeck a Londres para una cena. Algunos otros fueron invitados para que conocieran al visitante “y como siempre, los hombres discutieron muchos puntos de su trabajo con cierto entusiasmo, mientras que Groddeck se quedaba sentado en silencio, con un aspecto un poco triste; pensaba que todos estaban peleando y dijo a Mill que ‘Eso no podría pasar en Alemania’. Cuando Mill le explicó aquello, él rio y dijo que era magnífico que los científicos pudieran contradecirse tan claramente -hasta el dueño de la casa- y, sin embargo, seguir siendo amigos.” Nunca olvidó esa cena.

En la casa de los Flugel, la señora Culpin le dijo a Groddeck que le había encontrado un nuevo apodo: “Nick”. “Algunas veces se parece a las imágenes de mi niñez de ‘Old Nick’, con sus grandes orejas”, y a él le encantó.^{4**} “Estaba escribiendo un libro cuando estuvo con nosotros”, recuerda la señora Culpin, “y me mostró el manuscrito, pero me dijo: ‘No puedo decidir el título’. Después de leerlo, le dije: ‘Tengo un título para usted, *The Unknown Self* (*El yo desconocido*). Esto lo complació, lo utilizó y me dio el primer ejemplar publicado.”

Sin duda Groddeck tenía consigo un manuscrito, pero *El yo desconocido* era una compilación, seleccionada por Mollie Collins de distintas fuentes, y no un manuscrito original. No escribió nada nuevo para este libro; los capítulos eran traducciones de trabajos anteriores.

En otra ocasión, May Smith dio una cena en su club antes de una reunión. Lord d’Abernon la presidía. Por primera vez, Georg Groddeck era una celebridad, desempeñaba un papel grato, y esto le hacía sentirse cada vez más a sus anchas, parecía más infantil y abierto. Se ganaba a todos los que conocía; nadie lo consideraba raro ni difícil; parecía estar en su elemento.

En otra cena, durante su estancia en Londres, William Inman recordaba, “los invitados tomaban jerez en la sala. Un psicólogo bien conocido estaba presente. Acababa de publicar un libro que había recibido bastantes críticas por no referirse a las glándulas endocrinas. El Dr. Culpin se acercó al autor y le dijo: ‘Es una lástima que usted no sepa nada de las glándulas endocrinas’. El autor, que era buen actor también, puso una cara triste y dijo: ‘Pero ¡si las puse en el apéndice!’ Groddeck se volvió hacia su compañero y preguntó: ‘¿No se sentirá ofendido el profesor X por el Dr. Culpin?’ ‘Por supuesto que no’, le dijeron, ‘sabe que es una broma’. Groddeck movió la cabeza y dijo con admiración: ‘¡Ustedes los ingleses! ¿Cómo saben cuando están hablando en broma?’ ”

Había gente distinguida, tanto en la cena como en la conferencia que pronunció después Groddeck: el comandante Greenwood, que tenía la medalla de oro de la Royal Society, Culpin y otros muchos. La conferencia fue bien recibida; en efecto, todo el viaje fue una vivencia inolvidable para Groddeck.

XIII. “Visita a Inglaterra”, pp. 131-135, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News II-ALSF

3* En ese grupo Groddeck, era Groddie y su mujer era Froddie.

4** “Old Nick” es, en Inglaterra, el diablo. [T]